

El pensamiento freudiano en 1895: *Estudios sobre la histeria* cien años después

Fanny Schutt*

Se describe la trayectoria de Freud desde su ingreso en la universidad, sus experiencias como investigador de laboratorio y su llegada a la clínica de las neurosis, pasando por el análisis de sus propios sueños. Se señala el año 1895 como un hito en el pensamiento freudiano y un punto de partida y de confluencia entre un compromiso ético que le atraviesa en su labor de investigación, un distanciamiento del saber establecido en su concepción de la histeria y el hallazgo de un método que precede a su gran descubrimiento: esa articulación de método, teoría y técnica que es el psicoanálisis. Se considera que desde ese hito parte un hilo conductor imprescindible para no perderse en la maraña de corrientes y lenguajes que conforman el panorama del psicoanálisis actual.

Palabras clave: *Psicoanálisis, compromiso ético, método, teoría, técnica.*

The article describes Freud's early career, his time at university, his experiences as a laboratory researcher, and his progression towards the clinical study of neuroses via an analysis of his own dreams. Eighteen ninety-five is a vital year in the development of Freud's thought. It marks the beginning of the ethical commitment that underscores his research; his distancing from the established body of knowledge in his conception of hysteria, and the development of a combination of method, theory and technique that preceded his great discovery, psychoanalysis. Since that date, Freud's thought has offered a guiding light through the tangle of currents and discourses which form the panorama of psychoanalysis today.

Key words: *Psychoanalysis, Ethical Commitment, Method, Theory, Technique.*

En 1873 Sigmund Freud se inscribía como estudiante de medicina en la Universidad de Viena con el propósito de alcanzar el título de médico y con la meta de convertirse en investigador. Lo que él mismo consideraba «un hambre de conocimientos» le impulsaría a desarrollar simultáneamente con sus

* Médica, psicoanalista. Colaboradora docente del Máster en teoría psicoanalítica de la Universidad Complutense de Madrid.

Dirección de la autora: Paseo de la Bonanova, 56. 08017 Barcelona.

estudios, diversos trabajos de investigación de laboratorio, en el terreno de la biología, la neurología y la neurofisiología.

Siendo así un joven estudiante universitario comenzó a colaborar en el Instituto de Anatomía Comparada, dirigido por un darwiniano: Carl Claus, con quien adquiriría una rigurosa disciplina en la observación paciente, precisa y minuciosa, lo cual le sería de gran valor a posteriori.

Luego pasa al Laboratorio de fisiología, dirigido por Ernest Brücke, su gran maestro, perteneciente a la escuela cuyo mayor exponente era Helmholtz, ese renacentista del siglo XIX, heredero de la Ilustración e innovador en tan diversos campos como la termodinámica, la óptica, la física y la química. Brücke fue para Freud la autoridad científica por la cual sintió siempre un mayor reconocimiento. A su lado pasó seis años, adquiriendo lo más importante de su formación científica e impregnándose de su filosofía positivista contraria a toda posición teológica, metafísica o romántica con respecto a la naturaleza en general y a la humana en particular.

Esta concepción positivista, equiparando la vida a movimientos de la materia y la energía, sobreviviría a su paso por la neurofisiología y se extendería a su interés cada vez creciente por la psicología.

Como producto de sus investigaciones a lo largo de casi veinte años, en un periodo que se extiende hasta 1895, escribió diversos trabajos científicos que culminaron en su ambicioso *Proyecto de un psicología para neurólogos* (1895). Esta obra desestimada por Freud al comenzar su nueva etapa con los *Estudios sobre la histeria* (1895), fue rescatada posteriormente, encontrándose en ella antecedentes importantes de su teoría del funcionamiento psíquico contenido en el capítulo VII de la *Interpretación de los sueños* (1900).

En 1881, al terminar sus estudios médicos, ingresó en el Hospital General de Viena, hospital docente, en calidad de asistente clínico, abandonando temporalmente y con gran pesar el laboratorio, pero reafirmando su propósito de no desvincularse de la investigación científica. Así, a los seis meses, al adscribirse al Departamento de psiquiatría, dirigido por Theodore Meynert, ingresó en su laboratorio para estudiar la anatomía cerebral.

En el laboratorio de Brücke había conocido al doctor Joseph Breuer, prestigioso médico clínico y fisiólogo, con el cual establecería una gran amistad y una colaboración que se extendería hasta la publicación de los *Estudios sobre la histeria* (1895). En 1882, Breuer le comienza a confiar, poco a poco, el relato de una experiencia terapéutica tan interesante como inquietante con una joven paciente cuyo diagnóstico era el de histeria. Con esta historia en su mente, y con el deseo de dilucidar muchas incógnitas que ésta le suscitaba, viaja a París con una beca para asistir a las clases y a los trabajos experimentales que el profesor de psiquiatría, Charcot, desarrollaba precisamente sobre la histeria en La Salpêtrière. Charcot había rescatado a la histeria de su pasado estigmatizado y la había reivindicado como una auténtica enfermedad, no exclusiva de las mujeres como se creía hasta entonces.

Su experiencia en París le abre un nuevo campo de ideas y le permite orientarse cada vez más al estudio de las neurosis. Pudo satisfacer así su deseo

de investigar, fuera de los límites del laboratorio, a partir de la clínica y del mecanismo para poder acceder a su curación.

En su autobiografía relata cómo, al asistir en Nancy a las experiencias sobre hipnosis y sugestión, recibió las más fuertes impresiones con respecto a la existencia de unos poderosos procesos psíquicos ocultos a la conciencia de los hombres.

El 21 de mayo de 1894 le escribe a su amigo Fliess en relación a su deseo de elucidar las neurosis: «Tengo la impresión de haber dado con uno de los grandes misterios de la naturaleza».

En el último tercio del siglo XIX, una cierta idea de lo inconsciente circulaba por diferentes ámbitos del pensamiento europeo. En 1868 se publicaba *Philosophie du Unbewussten (Filosofía del Inconsciente)* de E. von Hartmann, un extenso estudio en el cual se recopilaban y resumían ideas de diferentes filósofos y científicos alemanes, referentes a diversos aspectos de la mente inconsciente en el sentido post-cartesiano, abarcando un periodo de casi un siglo.

Un estudioso de la historia de las ideas, Law White, nos conduce hasta el siglo XVII para encontrar antecedentes de la idea de inconsciente en poetas y místicos como Juan de la Cruz, dramaturgos como Shakespeare o filósofos y científicos como Leibniz, tal vez el primer pensador europeo en abordar más explícitamente la cuestión.

Freud no podía desconocer esa idea siendo un ávido lector tanto de clásicos de la literatura universal como Cervantes, a quien tradujo, y de filósofos y poetas; pero por su formación científica se desmarcaba del pensamiento filosófico en muchos aspectos, priorizando siempre la observación rigurosa de lo singular. Su concepción de lo inconsciente, radicalmente diferente de esa noción que le precede, nace en la clínica de la aplicación de un método de estudio que es a la vez un método terapéutico.

Dicho método, pieza fundamental de ese nuevo campo del conocimiento que él inaugura, tiene sus orígenes en aquel tratamiento tan enigmático para Breuer, pero a la vez tan fecundo en consecuencias. Aquella joven paciente, que pasaría a la historia con el nombre de Anna O., desplegaba una gran riqueza de material verbal hurgando en la rememoración de acontecimientos y vivencias vinculadas a la aparición de sus múltiples síntomas histéricos. La misma paciente autodenominaba a su tratamiento «cura de palabra» o «limpieza de chimenea», pues muchos de sus síntomas desaparecían cuando ella evocaba y descargaba verbalmente, bajo hipnosis, las vivencias que no recordaba fuera de la hipnosis. Iban a pasar varios años hasta que en 1887 dicho procedimiento fuera aplicado por Freud a otras pacientes prescindiendo de la hipnosis, sustituida progresivamente por las asociaciones espontáneas de aquellas mujeres sufrientes, inmortalizadas luego en las páginas de sus historiales clínicos (capítulo II de los *Estudios sobre la histeria*).

Simultáneamente, en Francia, Pierre Janet desarrollaba su tesis sobre las «ideas fijas inconscientes», causantes de los trastornos histéricos, pero las remitía a la herencia y a la debilidad congénita asociada a alteraciones degenerativas.

En 1893 Freud y Breuer anticipan su posición y sus hipótesis publicando la Comunicación preliminar *Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos*. La primera traducción de este trabajo se hace al español para ser publicado en la *Revista de Ciencias Médicas de Barcelona* y pocos días después en la *Gaceta Médica de Granada*, siendo la primerísima traducción de una obra de Freud a otro idioma. Posteriormente va a constituir el primer capítulo de los *Estudios sobre la histeria* publicados en 1895.

La idea central de la Comunicación preliminar es el sentido simbólico del síntoma histérico, provocado por el recuerdo de un suceso traumático, que actúa como núcleo patógeno a la manera de un cuerpo extraño, permaneciendo ausente de la memoria del sujeto. El histérico sufre, así, por sus reminiscencias, por recuerdos alejados de su conciencia.

¿Cuáles son las condiciones para que desde traumas psíquicos se desarrollen fenómenos histéricos?

De las hipótesis que aparecen en dicha comunicación, la hipótesis hipnoide, tal como los desarrollos posteriores han confirmado, pertenece a Breuer y remite a un estado anormal de conciencia, más coincidente con las teorías de sus contemporáneos Janet y Binet. La hipótesis de la defensa, una explicación dinámica, es la que Freud va a sostener a partir de aquí y en lo sucesivo, diferenciándose del pensamiento psiquiátrico y psicológico de su tiempo. Según esta concepción, en la producción del síntoma participa un proceso conflictivo, descrito en términos de fuerzas o energías, relacionadas con lo sexual y esto resulta la principal divergencia entre Freud y Breuer.

La Comunicación preliminar es el testimonio de un hallazgo que Freud comparte con Breuer y a la vez el anticipo de un gran descubrimiento que asume Freud en solitario.

El capítulo IV escrito exclusivamente por Freud, se denomina «Sobre la psicoterapia de la histeria». En él retoma la Comunicación preliminar para desarrollar su pensamiento acerca del conflicto y la defensa que ya había extendido a las neurosis en general, denominándolas «psiconeurosis de defensa».

El conflicto psíquico queda planteado entre lo reprimido y las fuerzas represoras que se manifiestan como defensas y aparecen en germen muchas de las ideas que en los años sucesivos se irán desarrollando a lo largo de su extensa obra.

Dice Freud en ese texto: «El material psíquico patógeno aparece como la propiedad de una inteligencia que no necesariamente le va en zaga a la del Yo normal» y formula en base a su experiencia, al recoger dicho material psíquico, una primera aproximación, un primer esquema de organización psíquica, concibiéndolo como una triple estratificación de representaciones o recuerdos. La organización patógena se comporta más como un infiltrado que como un cuerpo extraño fácilmente extrapolable, y alcanza la conciencia descompuesta en fragmentos, una vez que desde la periferia se pueda ir abriendo camino, poco a poco, a través de las resistencias; y desde luego en esta tarea es preciso librarse del prejuicio teórico de que se trata de cerebros anormales de degenerados o desequilibrados, como presuponían los psiquiatras de esa época.

En ese mismo año de 1895, Freud lleva a cabo el primer análisis completo de un sueño suyo: el de la inyección de Irma. Esto forma parte de un trabajo más ambicioso, su autoanálisis, emprendido al aplicar en sí mismo el método que utilizaba en el tratamiento de sus pacientes y que paulatinamente va utilizando para analizar los recuerdos encubridores, los olvidos, los lapsus y toda una serie de fenómenos, alteraciones transitorias del lenguaje y la memoria, que va a reunir en su obra *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901).

La palabra «psicoanálisis» aparece por primera vez en un texto de 1896; pero su metodología, su teoría y su técnica están ya esbozadas en ese año tan fecundo en hallazgos en la clínica y en sí mismo. Ha encontrado un método que es, ante todo, lo que caracteriza al psicoanálisis, tal como lo va a hacer constar años más tarde como definición para la enciclopedia británica.

Este método aplicado a sus propios sueños le permite descubrir el sentido de lo inconsciente y, aplicado a sus pacientes, le permite entender el sentido inconsciente en el cual se fundan sus síntomas.

Un deseo de investigar el mecanismo psíquico de las neurosis y un deseo de curarlas convergen en el Freud investigador y en el Freud terapeuta, haciéndolos inseparables para hacer nacer un nuevo campo de conocimientos.

El psicoanálisis como articulación de método, teoría y técnica, nace del encuentro con la neurosis, con la singularidad de su saber inconsciente, en esa confluencia entre el descubrimiento de lo desconocido del otro y del otro desconocido en nosotros mismos, diferenciándose radicalmente de toda *Weltanschauung*, de toda religión, creencia o ideología, como Freud se empeña en remarcar una y otra vez.

Cuando retornamos a los textos freudianos de 1895, no es por reverenciar un saber y plegarnos a él como portador de una certeza de verdad última ni para rechazarlos o desvalorizarlos en detrimento de un saber más «novedoso», buscado en los escritos de su etapa final, en los de sus discípulos o en aportes posteriores de otros autores.

El gran valor ético de Freud reside en no encontrar en él ese texto último que aporta por fin una respuesta definitiva, una certeza, a la cual el lector se pueda remitir sin el trabajo y el tiempo que requiere el estudio de su obra. Lectura que no puede dejar de ser crítica y cuestionadora, porque cada vez aparecen en ella más preguntas e interrogantes, más caminos abiertos, más incertidumbres.

La ética freudiana implica renunciar a toda prédica moral, a toda manipulación y a todo afán de fundamentación última, llevando hasta sus últimas consecuencias la sumisión a la verdad y el rechazo a las ilusiones totalizantes.

En estos cien años, el psicoanálisis se ha desarrollado con numerosos aportes, ha penetrado en diferentes proporciones en casi todos los ámbitos de la cultura occidental, se ha difundido y también se ha vulgarizado. Ha dado origen a distintas escuelas y orientaciones y ha dado lugar a no pocas confusiones y equívocos. Por un lado han surgido en su seno tendencias a encorsetarlo en algún reduccionismo técnico y por otro, tendencias que pretenden ampliar sus límites hasta diluir su especificidad, acercándolo a lo que no puede ser nunca: una filosofía o un estilo de vida.

Para no perderse en esa maraña de corrientes y lenguajes, con sus correspondientes adeptos y enemigos, se hace imprescindible retomar el hilo conductor a partir de la posición que Freud asume en solitario en 1895.

Se ha hablado y escrito mucho sobre la ruptura epistemológica del año 1900 con la aparición de la primera tópica psíquica en la *Interpretación de los sueños* o del giro de los años veinte, esa otra gran revolución psicoanalítica que representa la pulsión de muerte en *Más allá del principio del placer*. Pero es a esa conjunción entre el hallazgo de un método, un compromiso ético que lo atraviesa y una ruptura con el saber establecido a la que el psicoanálisis debe remitirse para mantenerse vivo.

En la historia de las ideas, el pensamiento freudiano marca un hito y 1895 es un punto de partida.

Es importante tener en cuenta que para que las ideas no se transformen en dogmas, deben redescubrirse y recrearse en las prácticas que generan. Por ello es preciso, sin perder aquel hilo conductor, repensar y confrontar las ideas psicoanalíticas a la luz de una reflexión sobre su práctica, redefinir sus límites, abrir el diálogo con otras disciplinas y promover el intercambio con los avances técnico-científicos con los que nos desafía este fin de milenio.

REFERENCIAS

- Bermejo, V. (1992). Nota histórica al cumplirse el centenario de la «primerísima» traducción de una obra de Freud. *Revista de Psicoanálisis de Madrid*, 18.
- Dorey, R. y otros (1993). *El inconsciente y la ciencia*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Original publicado en 1886-1899).
- Freud, S. (1982). *Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud*. Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Original publicado en 1886-1899).
- Freud, S. (1978). *Estudios sobre la histeria. Obras completas*. Vol. II. Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Original publicado en 1895).
- Freud, S. (1981). *Primeras Publicaciones Psicoanalíticas. Obras completas*. Vol. III. Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Original publicado en 1893-1899).
- Freud, S. (1979). *Presentación autobiográfica. Obras completas*. Vol. XX. Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Original publicado en 1925).
- Gay, P. (1992). *Freud, una vida de nuestro tiempo*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Markus, G. (1990). *Freud, el misterio del alma*. Madrid: Ed. Espasa.
- Rosen, G. (1977). *Freud, el hombre, su vida, su influencia*. Barcelona: Ediciones Destino.
- Whyte, L. (1967). *El inconsciente antes de Freud*. México. Ed. Joaquín Mortiz.